

# Naturaleza y función de la memoria colectiva: la Historia *al servicio del presente (algunos planteamientos teóricos)*

Aitor M. Bolaños de Miguel  
*Universidad Nacional de Educación a Distancia*

## 1. Introducción

El estudio de la memoria ocupa un lugar destacado en las actuales sociedades occidentales. Kerwin Lee Klein ha estudiado este fenómeno y ha llegado a la conclusión de que el valor de la memoria individual (testimonial) y el de la memoria colectiva (de fenómenos cuyo recuerdo está compartido) son dos piezas básicas en la interpretación de aquellos fragmentos del pasado que afectan o interesan al presente en su permanente re-elaboración de la identidad y las tradiciones históricas (Lee Klein, 2000).<sup>1</sup> Por eso es tan importante la historia oral, la *historia vivida* y, por ende, la memoria colectiva, para la representación del pasado, especialmente del reciente, como ha resaltado Julio Aróstegui (2004, p.55 y 56).<sup>2</sup>

La mayoría de los historiadores estarían de acuerdo en reconocer que el pasado, en sí mismo, no existe como tal. Lo único de lo que disponemos es de huellas y rastros, documentos y monumentos (en terminología de Le Goff, 1991), desde los que imaginar cómo pudo haber sido. Por eso mismo, el pasado sólo nos es dado en la forma en la que los investigadores, especialmente los historiadores, nos lo presentan: descripciones, explicaciones, narraciones e interpretaciones. Representaciones, en suma, que *sustituyen* a un pasado ausente.<sup>3</sup> El trabajo del historiador, si bien parcialmente codificado y tecnificado, sobre todo en la fase de investigación (localización, selección e interpretación de fuentes), deja un amplio margen para la interpretación y la figuración subjetiva, de la que depende (aunque nos pese) la existencia de historias sobre el pasado, y no de meras crónicas. En última instancia, la historiografía es el producto, siempre provisional y modificable, de nuestro intento por reconstruir el pasado, narrándolo, representándolo. Pero el problema es que dichos historiadores no trabajan para el pasado, si se puede concebir algo semejante, ni para los naturales de ese pasado, sino que investigan y escriben para el presente, para los habitantes de su mismo presente. Sólo en el presente toma forma y cobra sentido el pasado. Según esto último, conviene recordar la célebre expresión de Croce para quien toda la historia es contemporánea, toda historia se escribe en *un* presente.<sup>4</sup>

---

1. Para las relaciones entre memoria colectiva e identidad, vid., entre la mucha bibliografía al respecto: Ben-Amos, D. y L. Weissberg, (eds.), *Cultural Memory and the Construction of Identity*, Detroit: Wayne State University Press, 1999.

2. Donde Aróstegui afirma que la historia del presente se viene construyendo, conceptual y metodológicamente, sobre cuatro grandes elementos, cuales son el testigo, la memoria, la demanda social y el acontecimiento. Jean-Pierre Azéma considera que la *Historia del Presente* es una historia con testigos o supervivientes. Vid., Azéma, J.-P., "Para una historia del tiempo presente", en Rémond, R., *Hacer la Historia del siglo XX*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2004, p. 31-36, p. 32.

3. Sobre la naturaleza *sustitutiva* de las representaciones historiográficas, vid., Ankersmit, F.R.: *Historical Representation*, Stanford, Stanford University Press, 2001. La concepción del profesor Ankersmit proviene, en última instancia, de Arthur C. Danto y E.H. Gombrich.

4. Vid. Norrirel, G., "El pasado-presente: una aproximación diferente de la historia del tiempo-presente", en Rémond, R., *Hacer la Historia...*, op. cit., p. 173-190, p. 178. Aróstegui se ha manifestado en contra de la artificiosidad de la categoría tiempo-presente: se declara partidario de la denominación Historia del Presente. Vid., Aróstegui, J.: *La Historia Vivida...*, op. cit., p. 30.

En 1965, Arthur C. Danto afirmó que lo que hace distinguible a las narraciones historiográficas es que incluyen un tipo especial de oraciones, a las que llamó “oraciones narrativas”. Dichas oraciones se caracterizan por el hecho de que se refieren a dos acontecimientos pasados y separados temporalmente, aunque sólo describen el primero dejando al segundo de ellos en el terreno de la referencia. Frente a la *Crónica Ideal*, entendida como la descripción completa y definitiva del pasado, realizada por un testigo omnisciente, Danto propugna que lo que determina a la historiografía es el conocimiento del futuro en la forma que le imprime las oraciones narrativas que utilizan los historiadores. Pongamos un ejemplo. Cuando los historiadores escriben “la Guerra Civil comenzó en 1936” están refiriéndose a dos acontecimientos: el primero, el año en el que dicha guerra comenzó y, el segundo, el año en el que terminó. Esta típica oración narrativa se refiere a dos acontecimientos pero sólo describe (fechándolo) el primero de ellos. Por supuesto, un testigo ideal no podría conocer (salvo proféticamente) el final de dicha guerra, el año exacto de su final (aunque podría esperar algún tipo de final, naturalmente). Pero qué decir de la llamada Guerra de los Cien Años, ¿qué testigo, real o ideal, podría prever su duración?

De esta manera, tenemos que, según Danto, lo que caracteriza a la historiografía es la utilización de un tipo especial de oraciones que implican, cuando menos, un paso del tiempo adecuado para que los acontecimientos estudiados puedan perfeccionarse, acabarse. Es en este sentido que se habla de la *distancia* histórica como la condición *sine qua non* de la investigación historiográfica.<sup>5</sup> Pero, por otro lado, ningún testigo presencial podría proporcionarnos la clase de descripciones del pasado que nos ofrecen los historiadores. Como dice el propio Danto, “la verdad completa referente a un acontecimiento sólo puede ser conocida después, y a veces sólo *mucho* después de que el acontecimiento mismo haya tenido lugar, y sólo los historiadores pueden contar esa parte del relato” (Danto, 1989, p.111). A estas reflexiones, sensatamente prudentes, sólo me gustaría añadir que no sólo los historiadores pueden hablar del pasado, ya que éste se nos viene constantemente encima a través de la figura del testigo, que puede ser un participante, un espectador, un superviviente. Para utilizar la expresión de Agamben, lo que queda del pasado es el archivo o el testigo (Agamben, 2000). Otro problema, que no hace al caso en este foro, sería si el historiador produce o no verdades completas sobre el pasado, asunto sobre el cual se vienen pronunciando eminentes pensadores desde Hayden White hasta Frank Ankersmit, sin olvidar a Richard Rorty, Keith Jenkins o Martin L. Davies.<sup>6</sup> Sigamos donde lo hemos dejado, es decir, con la figura del testigo.

El testigo, espectador habitualmente parcial, lleva consigo la memoria de los acontecimientos del pasado. Pero dichos recuerdos no viajan solos sino que se encuentran imbricados con los valores, intereses y experiencias del propio actor: se encuentran superpuestos, en suma, con su propia vida. Y esto es algo de lo que la historiografía, como disciplina, ha intentado siempre despojarse: los historiadores se presentan tradicionalmente como estudiosos asépticos, desinteresados, del pasado. El problema aquí es si existen dos clases distintas de representar el pasado: la historiografía y la memoria, la narración *desprendida* y la narración *comprometida*.

Creo que tanto la memoria como la historiografía comparten características que las hacen semejantes. Pero creo también que se distinguen por algunas particularidades de las que intentaremos dar cuenta en esta ponencia. En última instancia, creo que lo que las diferencia sustancialmente es la función para la cual están probablemente dotadas, sin olvidar que cualquier creación humana puede ser instrumentalizada, es decir, puede ser usada para un fin y para su

---

5. De hecho, este *distanciarse* es la característica fundamental de toda la empresa científica, realista y representacionalista. Toda la ciencia, afirma Rorty, está en disposición de ofrecer la verdad objetiva, la verdad como correspondencia con la realidad, lo que presupone una separación, una distancia, entre el objeto conocido y el sujeto cognoscente. Sin embargo, no son pocas las voces que se han alzado contra esta concepción del conocimiento y la empresa científica. Vid., Rorty, R.: *Objetividad, Relativismo y Verdad*, Barcelona: Paidós, 1996, p. 51 y 57.

6. Vid., White, H.: *Figural Realism. Studies in the Mimesis Effect*, Baltimore: Johns Hopkins University, 1999; Ankersmit, F.R.: *Historical Representation*, Stanford: Stanford University Press, 2001; Rorty, R.: Madrid: *La Filosofía y el Espejo de la Naturaleza*, Cátedra, 1979; Jenkins, K.: *Why History? Ethics and Postmodernity*, London y New York: Routledge, 1999; y Davies, M.L.: *Historics: Why History Dominates Contemporary Society*, Abingdon y New York: Routledge, 2006.

contrario. Creo también que, como la historiografía, cuando hablamos de memoria colectiva estamos hablando, en realidad, de *memorias colectivas* de diversos grupos, comunidades y sociedades.<sup>7</sup> Por último, me gustaría enunciar tres aspectos fundamentales en el debate actual por la recuperación de la memoria, tres aspectos que se hallan íntimamente relacionados pero que voy a intentar analizar separadamente: la confusión y el conflicto entre historiografía y memoria; el objetivo educativo de las políticas de la memoria y de los usos de la historia; y la perspectiva ética y moral de la recuperación y uso de las memorias colectivas. En el siguiente apartado, intentaremos aclarar el primer aspecto, dejando para el último apartado de este *paper* los problemas derivados del carácter ético, moral y educativo de los usos del pasado.

## 2. Presencias del pasado: memoria e historiografía

Estudiar la naturaleza y la función de la memoria colectiva, en primer lugar, nos compele a distinguir entre la historiografía y la memoria como dos formas fundamentales y complementarias de construcción de *discursos* sobre el pasado (Le Goff y Spiegel). ¿Podemos distinguir con precisión entre la memoria, sea ésta individual o social<sup>8</sup> y la historiografía? Respecto de la propia memoria colectiva, se impone, en segundo lugar, un análisis de su naturaleza y características. ¿Son una y la misma cosa la *memoria colectiva*, la *memoria pública* y la *memoria histórica*? ¿Quién, o qué, se esconde detrás de la memoria, cuando ésta no es un producto, o una facultad, meramente individual? Es decir, como se pregunta Ricoeur, “¿quién recuerda, cuando se habla de memoria colectiva?”. En este apartado, intentaremos ofrecer algunas respuestas a la primera de las preguntas.

Una definición admitida comúnmente considera que la memoria es la facultad del alma o de la mente para retener y recordar los hechos y las experiencias del pasado. José Antonio Marina, por ejemplo, define la memoria como “la capacidad de conservar y recuperar los elementos de la experiencia interna o externa” (Marina, 1997, p.36). Si bien se predica esta facultad de cada uno de los individuos, una corriente actual de estudios, apoyada por todo un conjunto de fenómenos sociales, habla con generosidad de la existencia de la memoria colectiva. La primera definición técnica de memoria que podemos utilizar nos la ofrece Adela Garzón cuando afirma que “la memoria es la reconstrucción direccional, es decir, de contenidos “invernados” en función de las necesidades del momento, actividad que se realiza a través de unos mecanismos y con una finalidad” (Garzón, 1998, p.21). Algunos autores, como James Pennebaker, diferencian los mecanismos que gobiernan la memoria individual y la colectiva para establecer, a continuación, similitudes entre ellos. Otros autores estiman la memoria colectiva como “la influencia que los factores sociales tienen en la memoria individual, y como los procesos distribuidos de la memoria o memoria transaccional”.<sup>9</sup> Otros especialistas consideran idénticos los fenómenos “memoria colectiva” y “memoria social”. En fin, hay otros autores que se pronuncian en contra del fenómeno de la memoria colectiva, como Reinhart Koselleck (2006).

La memoria colectiva sería, para mí, la forma en la que las sociedades fijan y rememoran, en el sentido más amplio del término, *selecciones* de su pasado colectivo. Esta concepción de la memoria supone considerar el recuerdo como una reactualización de “las emociones, sentimientos y percepciones pasadas”,<sup>10</sup> asociadas significativamente a los hechos ya ocurridos. Desde esta concepción, se puede defender una distinción entre la memoria colectiva o social y la historiografía. Allí donde la historiografía relata, la memoria colectiva conmemora. Allí donde aparece el testigo, hablamos de memoria (testimonial); si el testigo (es decir, si quien selecciona y recuerda porciones

7. Vista así, la memoria colectiva es, ni más ni menos, un objeto plural: las *memorias colectivas*, como ya reconoció el propio Halbwachs. Vid., Halbwachs, M.: *La Mémoire Collective*, París: P.U.F., 1968, p. 75 (edición española: *La Memoria Colectiva*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004).

8. Como sinónimo de colectiva.

9. Páez, D., Basabe, N. y González, J.L.: “Memoria colectiva y traumas políticos: investigación transcultural de los procesos sociales del recuerdo de sucesos políticos traumáticos”, en Páez, D., Valencia, J.F., Pennebaker, J.W., Rimé, B. y Jodelet, D. (eds.): *Memorias colectivas...*, op. cit., p 171-205, p. 171.

10. Lira, E.: “Recordar es volver a pasar por el corazón”, en en Páez, D., Valencia, J.F., Pennebaker, J.W., Rimé, B. y Jodelet, D. (eds.): *Memorias colectivas...*, op. cit., p. 247-263, p. 248.

del pasado) es colectivo (instituciones, comunidades, gobiernos, escuelas, etc.), la memoria también lo es, mientras que allí donde el informador, directo o indirecto, está mediatizado por el *disciplinamiento* de la profesión, surge el discurso historiográfico. Como dice Gabrielle Spiegel, “la historia representa lo muerto; la memoria re-compone el cadáver con el fin de revivificarlo... Una es oral, litúrgica y esencialmente política; la otra es escrita, archivística y esencialmente analítica” (Spiegel, 2002, p.69). Otro problema distinto sería el caso de los historiadores-testigos, de individuos que han vivido, o presenciado, el acontecimiento del que intentan dar cuenta como historiadores, asunto del que se ha ocupado profundamente Julio Aróstegui (2004, p.57-61 y p.101-107).

Según mi perspectiva, el estudio de la memoria colectiva puede ser enfocado desde dos puntos de vista diferentes, según se ponga el acento en los *sujetos* que recuerdan o en los *contenidos*, los llamados por Pierre Nora *almacenes* o *lugares* de memoria (Nora, 1984).<sup>11</sup> La memoria colectiva, entendida desde el primer punto de vista, podría ser definida como el producto del recuerdo de un *sujeto colectivo*, de una comunidad, institución o entidad jurídica de carácter supra-individual. Desde el segundo punto de vista, la memoria colectiva sería, sencillamente, el recuerdo colectivo de hechos que han afectado a un conjunto de individuos y son conservados de manera interpersonal, por la interrelación de las personas en el marco de la sociedad: en la educación, en la conmemoración, en el homenaje y en el duelo. Desde esta perspectiva, podemos enfrentar también el problema de la influencia inter-generacional e intra-generacional. Y es que una parte muy importante de la atención actual sobre las memorias colectivas se debe a que dichas memorias se perpetúan a lo largo de los años, probablemente en ciclos de unos 20 o 30 años, a lo largo de varias generaciones, como ha sugerido Pennebaker (1993 y 1998, p. 41).

Hasta hace aproximadamente un siglo, el estudio de la memoria se realizaba desde el punto de vista del arte mnemotécnico. Por otro lado, si bien, en la actualidad, no debemos reducir el problema de la memoria a la cuestión de la mnemotécnica, no hace muchos años, y pese a la pionera labor de Maurice Halbwachs y Charles Blondel (Halbwachs, 1968 y 2004), ambas cuestiones se confundían, quizás debido a la importante obra de Frances A. Yates, *El Arte de la Memoria* (2005). Halbwachs, por su parte, desarrolló el estudio de la memoria desde el punto de vista social, siguiendo así el camino abierto por su maestro Emile Durkheim. Maurice Halbwachs habló tanto de los marcos sociales de la memoria como de la existencia de la memoria colectiva, que no sería sino el conjunto de recuerdos individuo-sociales acerca de sucesos o acontecimientos compartidos por los integrantes de la colectividad de que se trate. Los especialistas, tanto de la psicología como de las diferentes disciplinas historiográficas, sugieren que la memoria individual es una función psicológica de naturaleza social: se origina, se estimula y se modifica en la sociedad y mediante procesos de carácter social.<sup>12</sup> Valsina, en la línea abierta por Halbwachs, concibe la memoria colectiva como “la transmisión oral transgeneracional de hechos históricos que son importantes para el grupo”.<sup>13</sup> Schuman y Scout afirman, como Halbwachs, que la memoria colectiva son representaciones compartidas acerca de acontecimientos pasados: dichas representaciones son creadas de forma colectiva y se mantienen por su función social y por su propia naturaleza distributiva.<sup>14</sup> Conviene recordar que la memoria implica tres procesos distintos: la experiencia, el almacenamiento de dicha experiencia (el aprendizaje) y su “manifestación a través del recuerdo” (Sandi, 1997, p.17), mientras que la historiografía, por definición, excluye el primer proceso, la experiencia, excepción hecha de la historia del presente.

En última instancia, como decía Endel Tulving, “la memoria es muchas cosas, aunque no todo lo que se etiqueta como memoria corresponda a lo que los neurocientíficos cognitivos

---

11. Nora distingue cuatro tipos de Lugares de Memoria: simbólicos, monumentales, topográficos y funcionales.

12. Vid. Middleton, D. y Edwards, D. (eds.): *Collective Remembering*, London: Sage, 1991 (edición española en Barcelona: Paidós, 1992).

13. Citado en Páez, D., Basabe, N. y González, J.L.: “Memoria colectiva...”, op. cit., p. 175.

14. Schuman, H. y Scout, J.: “Generations and Collective Memory”, *American Sociological Review*, 54 (1989), 359-381.

entienden por memoria”.<sup>15</sup> La memoria no es solamente el almacén donde guardamos los recuerdos y las experiencias, ni esas mismas reminiscencias y experiencias almacenadas, sino “un poderoso sistema de adquisición y transmisión de conocimiento que nos permite revivir el pasado, interpretar el presente y planificar el futuro. Sin la memoria no existiría vínculo entre el pasado y el futuro”. Este vínculo es el del reconocimiento: reconocemos el recuerdo y nos reconocemos a nosotros mismos en él. Reconocer es, en la tradición filosófica que va de Descartes a Kant, y más acá, identificar, “aprehender por el pensamiento una unidad de sentido” (Ricoeur, 2005, p.45). Reconocer, como recordar, implica, para esta tradición, distinguir y relacionar, es decir, crear identidad y distinguir identidades. Y es que no sólo conservamos la memoria del pasado, sino que como dice Ricoeur, *conservamos* la memoria del futuro, con la promesa (Ricoeur, 2005, p.119 y 134), con los proyectos, con los deseos, con las intenciones, incluso con las preocupaciones, etc.

En cualquier caso, tanto la memoria individual como la colectiva y la historiografía suponen una muestra de la permanente y agónica necesidad de *encontrarle* (o construirle) sentido al pasado, creando identidad, formando identidades, cuando no una pulsión nostálgica o sentimental.<sup>16</sup> Entre la saturación del pasado o su olvido está la zona gris de la historiografía y de la memoria, profundamente selectivas ambas. Los recuerdos de la guerra civil española, por ejemplo, no constituyen un proceso puramente cognitivo de aprehensión del pasado, sino que suponen la creación, evocación<sup>17</sup> y renovación de diferentes representaciones del pasado con la intención de condicionar y legitimar actuaciones concretas en el presente, además de que implican un determinado juicio sobre ese mismo pasado. Y es que la memoria, individual o colectiva, “no es un guardián neutral del pasado” (Ruiz-Vargas, 1997, p.11). La memoria (como la historiografía) recrea, evoca el pasado, lo reinventa, lo reestructura y lo modifica según una multitud de factores. Y esta recreación afecta tanto al nivel de los hechos como al del significado.

Aquí merece la pena recordar las investigaciones de David Lowenthal, “que ha recogido una infinita cantidad de material sobre el tema del “pasado” y los innumerables modos en que éste ha sido percibido, vivido, reconstruido, falsificado, restaurado, inventado, combatido, olvidado y anulado”, en palabras de Paolo Rossi (2003, p.29).<sup>18</sup> “La historia, afirma Lowenthal, es *más y menos* que el pasado. Y por cierto es posible, desde este punto de vista, contraponer la historia, que es interpretación y toma de distancia crítica del pasado, a la memoria, que implica siempre una participación emotiva en él, que es siempre vaga, fragmentaria, incompleta, y siempre en alguna medida tendenciosa. La memoria vuelve a poner los datos dentro de esquemas conceptuales, vuelve a configurar el pasado sobre la base de las exigencias del presente. La historia y la memoria colectiva pueden ser pensadas como los dos cuernos de una antinomia, donde los progresos de la historiografía retraen continuamente el pasado imaginario que ha sido construido por la memoria colectiva” (Rossi, 2003, p.30).<sup>19</sup> Y más adelante, en la importante monografía de Rossi, éste afirma que “la historiografía no coincide con la espontaneidad de la memoria individual y colectiva: es una forma de conocimiento que debe “pasar por el examen de la crítica” los aportes de la memoria”. Entre historia y memoria se dan sin embargo una relación bastante estrecha, porque la historia [que

15. Tulving, E.: “Memory: introduction”, en Gazzaniga, M.S., (ed.): *The cognitive neurosciences*, Cambridge: The MIT Press, 1995 (citado en Ruiz-Vargas, J.M.: “Introducción. La complejidad de la memoria”, en ídem (comp.): *Claves de la Memoria*, Madrid: Trotta, 1997, p. 9).

16. Vid. Bellelli, G y Amatulli, M.A.C.: “Nostalgia, inmigración y memoria colectiva”, en Páez, D., Valencia, J.F., Pennebaker, J.W., Rimé, B. y Jodelet, D. (eds.): *Memorias colectivas...*, op. cit., p. 227-243.

17. Le debo a la profesora Marisa González de Oleada muchos de los particulares de este texto, incluido la recuperación del término *evocar*, como forma de recuperar el pasado, *trayendo al presente a los muertos*. Desde este punto de vista, la memoria colectiva, más que el conocimiento del pasado, es una forma de afrontar el recuerdo de *sus* traumas, trayendo al presente sus demandas y súplicas.

18. En relación con la obra capital de Lowenthal, Rossi nos apunta su conexión con la obra de Koselleck, quien consideraba muy difícil la utilización del pasado para la iluminación del presente por causa de la tan discutida aceleración del curso histórico. Los análisis de Lowenthal en: Lowenthal, D.: *The past is a foreign country*, Cambridge: Cambridge University Press, 1985.

19. A estas consideraciones contraponen Philippe Ariès, según Rossi, su tesis de la dialéctica de la memoria y la historiografía: allí donde triunfó la “historiografía”, asomarse a lo privado permite una suerte de recuperación de la memoria que, en cualquier caso, complementa y no sustituye a la anterior.

es, en rigor, historiografía] se nutre de memoria y la memoria “se impregna de toda una serie de nociones y de sentimientos que son producidos y transmitidos por la historiografía” (Rossi, 2003, p.182).<sup>20</sup> Asimismo, como dice Lorena Rodríguez, “la memoria social no es un mero reflejo de los hechos del pasado, sino una compleja construcción en la que tanto recuerdos individuales como colectivos, experiencias pasadas y situaciones presentes se intrincan inexorablemente” (Rodríguez, 2004).

De alguna manera inexplicable, el cerebro humano, sus células y neuronas, está siendo destruido y reconstruido constantemente, pero los recuerdos están siempre ahí, no desaparecen. Algo similar puede afirmarse respecto de la memoria colectiva: las sociedades cambian, se transforman, incluso desaparecen, los individuos mueren pero los recuerdos compartidos permanecen en el horizonte de la sociedad, representando su pasado y orientando su futuro. Como dice Ruiz-Vargas, “la memoria es esencial para nuestra vida, no sólo porque da sentido a nuestra existencia construyendo nuestra identidad personal, sino porque sin ella las personas quedaríamos reducidas a meros proyectos en un mundo infinitamente fragmentado” (Ruiz-Vargas, 1997, p. 152). Y análogamente podemos predicar lo mismo de las sociedades, que se desenvuelven bajo el influjo ineluctable del pasado, en su forma historiográfica o según los espectros de las memorias colectivas.

### 3. Funciones del pasado: usos de la Historia y políticas de la memoria

Habitamos sociedades paradójicas, obsesionadas con el pasado pero esclavizadas con el presente, con la actualidad y su velocidad. El futuro está a la vuelta de la esquina, se dice, pero esa esquina está detrás de nosotros.

De hecho, las democracias representativas contemporáneas se hallan bajo la acusación de que están contribuyendo al deterioro de la memoria, al reinado del olvido y, paradójicamente, al *abuso* y a la *saturación de la memoria*.<sup>21</sup> En un régimen que se autodenomina democrático, todos los individuos y colectividades *deberían tener* el derecho a saber y a dar a conocer su propia historia, haciendo memoria de ella, junto con la labor puramente historiográfica. Sin embargo, tanto la memoria como la historiografía son disciplinas profundamente selectivas, *obvidadizas*. Para decirlo de una manera sencilla, no podríamos vivir si no olvidáramos<sup>22</sup>, como acertadamente expresó Renan refiriéndose a las sociedades. William James consideró que la memoria se dedica fundamentalmente a olvidar, es decir, a seleccionar. Y en este proceso selectivo, el pasado se re-interpreta periódicamente.

Además, como nos recuerda Santos Juliá, la mera posibilidad de que el pasado pueda ser continuamente re-presentado, re-creado y re-interpretado “abre un amplio campo a la voluntad individual y a la decisión política”, sobre todo desde el punto de vista de la memoria colectiva, donde lo que se decide es qué hacer con el pasado recordado. En consecuencia, además de una metodología historiográfica, que procure dilucidar cómo fue el pasado, debemos proveernos de unas *políticas de la memoria*.<sup>23</sup> Delimitar los usos de la historiografía y las políticas de la memoria son dos de las tareas pendientes en las sociedades contemporáneas, sobre todo a la luz de la Historia del Presente.

Para resumir, me gustaría recordar que mientras la historiografía es la representación textual y selectiva del pasado con la intención de aprehenderlo y transmitirlo mediante la educación y la divulgación, la memoria colectiva es la selección y el recuerdo compartidos de fragmentos del pasado con la intención de enfrentarlos, conmemorarlos o repararlos. Como he sugerido antes, el conocimiento del pasado es inexcusable, es imprescindible en el juego identitario, ya sea individual

---

20. La última cita de Rossi proviene de un libro de entrevistas con Jacques Le Goff: “I ricordi della storia: intervista con Jacques Le Goff”, *Mondo Operario*, 12 (1989), 119-120.

21. Vid., Todorov, T.: *Los abusos de la memoria*, Barcelona: Paidós, 2000; y Robin, R.: *La mémoire saturée*, París: Stock, 2003.

22. Vid., para el tema del olvido, Weinrich, H.: *Leteo. Arte y crítica del olvido*, Madrid: Siruela, 1999; y Augé, M.: *Las formas del olvido*, Barcelona: Gedisa, 1998.

23. Vid., entre otros: Reyes Mate, M.: “Políticas de la Memoria”, *El País*, 13 de noviembre de 2002.

o colectivo.<sup>24</sup> Además, es importante para la resolución de los traumas del pasado y para la promoción de una efectiva reconciliación socio-política. En esto consiste, ni más ni menos, los *trabajos de la memoria*, en la feliz expresión de Elizabeth Jelin. Conocimiento, justicia y reparación son los procesos básicos en el desenvolvimiento de las memorias colectivas, especialmente del recuerdo de hechos traumáticos, junto con la historiografía, que viene prestando su apoyo al primero de los procesos.<sup>25</sup>

Como ya he sugerido, en las sociedades occidentales actuales también puede haber, además de casos de desmemoria, amnesia y manipulación de la memoria colectiva, casos ejemplares de “abuso de la memoria”, como los denomina Todorov, contra los que debemos enfrentar nuestro concepto de buen uso de la memoria, siguiendo a Ricoeur (2003) y a Todorov, “ya que no todos los recuerdos del pasado son igualmente admirables” (Todorov, 2000, p.29), por lo que fomentar la venganza, el desquite, el ajuste de cuentas, el odio, etc. suscitaría, en relación con la utilización de la memoria, ciertas reservas, racionalmente comprensibles en los actuales estados de derecho, donde se ha sustituido la venganza, en todas sus formas, por la justicia, y donde se han postulado leyes que reemplazan la acción dictada directamente por la memoria, en expresión de Todorov (Todorov, 2002, p.234). “La historia de nuestro siglo, como bien sabemos, dice Rossi, aunque tratemos de olvidarlo, está llena de censuras, supresiones, ocultamientos, desapariciones, condenas, retractaciones públicas y confesiones de traiciones innominables, declaraciones de culpabilidad y vergüenza. Obras enteras de historia fueron reescritas borrando los nombres de los héroes de un tiempo, catálogos editoriales fueron mutilados, fueron robadas fichas de los catálogos de las bibliotecas, fueron reeditados libros con conclusiones distintas de las originales, pasajes enteros fueron suprimidos, fueron antalogados textos en un orden cómodo que permitiera documentar inexistentes filiaciones ideales e imaginarias ortodoxias políticas. Primero se quemaron los libros, continúa Rossi. Después se los ha hecho desaparecer de las bibliotecas con el intento de borrarlos de la historia. Primero se eliminaron innumerables seres humanos, después se trató de suprimir esa supresión, de negar los hechos, de obstaculizar la reconstrucción de los acontecimientos, de prohibir el recuento de víctimas, de impedir el recuerdo” (Rossi, 2003, p.33), y podríamos añadir, de hacer memoria en su sentido amplio. La historiografía, en este sentido, es menos que el pasado, siguiendo la expresión de Lowenthal, pues está hecha de infinitos olvidos, ya sean estos deliberados o no. Por la reparación de varios de estos olvidos claman algunas de las voces que se pueden escuchar en la actual dinámica recuperadora de las *memorias colectivas*.

## Bibliografía

- Agamben, G.: *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*, Valencia: Pre-Textos, 2000.
- Aróstegui, J.: *La Historia Vivida. Sobre la Historia del Presente*, Madrid: Alianza, 2004.
- Danto, A.C.: *Historia y narración*, Barcelona: Paidós/ICE-UAB, 1989.
- Garzón, A.: “Individualismo psicológico y memoria colectiva”, en Páez, D., Valencia, J.F., Pennebaker, J.W., Rimé, B. y Jodelet, D. (eds.): *Memorias colectivas de procesos culturales y políticos*, Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1998, p. 17-27.
- Halbwachs, M.: *La Mémoire Collective*, París: P.U.F., 1968.
- *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona: Anthropos, 2004.

24. Vid., por ejemplo, Castiñeira, A.: “Naciones imaginadas. Identidad personal, Identidad Nacional y Lugares de Memoria”, en Resina, J.R. y Winter, U. (eds.): *Casa encantada. Lugares de la Memoria en la España constitucional (1978-2004)*, Madrid: Vervuert, 2005, p. 41-77.

25. Es el caso paradigmático de los, mal llamados, estudios de género, de los estudios postcoloniales, de los *Cultural Studies*, de la historia desde abajo, de la historia oral, de la microhistoria, etc., todos los cuales nos proporcionan el *testimonio* de diferentes sujetos olvidados, excluidos o silenciados de la historiografía y, por ende, del pasado. Un análisis crítico de los estudios sobre Memoria Colectiva en: Kansteiner, W.: “Finding Meaning in Memory: A Methodological Critique of Collective Memory Studies”, *History and Theory*, 41 (2002), 179-197.

- Koselleck, R.: "Historia conceptual, memoria e identidad. Entrevista a Reinhart Koselleck", (I) y (II), *Revista de Libros*, 111 y 112 (2006).
- Le Goff, J.: *El Orden de la Memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona: Paidós, 1991.
- Lee Klein, K.: "On the emergence of Memory in Historical Discourse", *Representations*, 69 (2000), 127-150.
- Marina, J.A.: "La memoria creadora", en Ruiz-Vargas, J.M. (comp.): *Claves de la Memoria*, Madrid: Trotta, 1997, p. 33-55.
- Nora, P.: "Entre Mémoire et Histoire. La Problématique des lieux", en ídem: *Les Lieux de Mémoire I: La République*, París: Gallimard, 1984.
- Pennebaker, J. y Basanick, B.: "Creación y mantenimiento de las memorias colectivas", en Páez, D., Valencia, J.F., Pennebaker, J.W., Rimé, B. y Jodelet, D. (eds.): *Memorias colectivas...*, op. cit., p. 31-47.
- Pennebaker, J.: "Creación y mantenimiento de las memorias colectivas", *Revista de Psicología Política*, 6 (1993), p. 35-52.
- Rémond, R.: *Hacer la Historia del siglo XX*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2004.
- Ricoeur, P.: *Caminos del reconocimiento*, Madrid: Trotta, 2005.
- *La Memoria, la historia, el olvido*, Madrid: Trotta, 2003.
- Robin, R.: *La mémoire saturée*, París: Stock, 2003.
- Rodríguez, L.: "Reflexiones acerca de la memoria y los usos del pasado a partir del análisis de un caso en el Noroeste argentino: Departamento de Santa María (provincia de Catamarca)", *Cuadernos de Antropología. Social*, 20 (2004), julio-diciembre, p. 151-168.
- Rossi, P.: *El pasado, la memoria, el olvido*, Buenos Aires: Nueva Visión, 2003.
- Ruiz-Vargas, J.M.: "Cómo funciona la memoria? El recuerdo, el olvido y otras claves psicológicas", en ídem: *Claves de la memoria*, op. cit., p. 121-152.
- "Introducción. La complejidad de la memoria", en ídem (comp.): *Claves de la Memoria*, Madrid: Trotta, 1997, p. 11.
- Sandi, C.: "Bases neurobiológicas de la memoria", en Ruiz-Vargas, J.M. (comp.): *Claves de la Memoria*, Madrid: Trotta, 1997, p. 15-32.
- Spiegel, G.: "Memoria e Historia: tiempo litúrgico y tiempo histórico", en Cabrera, M.A. y McMahon, M. (coords.): *La situación de la Historia: ensayos de historiografía*, La Laguna: Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 2002, p. 55-69.
- Todorov, T.: Deberes y delicias. *Una vida entre fronteras. Entrevistas con Catherine Portevin*, Buenos Aires: FCE, 2002.
- *Los abusos de la memoria*, Barcelona: Paidós, 2000.
- Yates, F.A.: *El Arte de la Memoria*, Madrid: Situela, 2005.